

Mis emigrantes

María José Alonso

«Lo que no ha podido desaparecer, lo que el tiempo no debe borrar, es el reconocimiento al aporte que hicieron los emigrantes españoles a la tierra que los recibió y a la que dedicaran todas sus energías».

SALAMANCA, tierra «hospitalaria y culta», como la llamaron los Reyes de España, es una ciudad tan vieja que necesita de continuos cuidados, y por ese motivo ha sabido conservar muchas cosas: La Universidad más antigua de Europa, dos catedrales y su puente más viejo lo construyeron los romanos. Cuenta con varias iglesias, que en otros lugares pudieran perfectamente considerarse como catedrales, pero su Plaza Mayor deja con la boca abierta a cuantos la



Don Francisco Alonso Martín y Doña María Feliza del Consuelo Pérez Gonjón.

visitan. Esa tierra salmantina, ha sido la cuna de nuestros antepasados. Y allí también nacieron mis abuelos paternos y dos de sus hijos, protagonistas de estas memorias.



Puente Romano y Toro. Por éste pasaba la Calzada de la Plata, importante vía que unía Mérida con Astorga.

Mi abuelo, Don Francisco Alonso y Martín, nació en Cipérez, partido de Vitigudino, el 1 de marzo de 1882, pueblo que en aquel entonces contaba con una población bastante numerosa. De padre zapatero y de madre dedicada a las labores propias de la casa. Desde muy pequeño supo ganarse el pan diario realizando el oficio aprendido de su padre, en una época en la que era muy difícil subsistir, no obstante, pudo además recibir buena instrucción.

Contaba el abuelo que abandonó su pueblo en la primera década del pasado siglo, exactamente en el año 1909. Mucho le costó separarse de su casa, la familia y demás seres queridos para llegar a Cuba buscando una mejor vida, viéndose obligado, como tantos españoles, a partir de su lugar de origen para asegurarse algo tan elemental como la supervivencia, atraído y subyugado por una fuerza, de la que en aquel entonces era difícil escapar. Tardó varios días en llegar al puerto de Vigo, por donde miles de emigrantes, en una travesía bastante penosa, embarcaban hacia América.

Al llegar a La Habana se estableció en casa de unos amigos en el poblado de Campo Florido, quienes le ayudaron en los primeros y más duros momen-

tos y allí comenzó, con unas pocas herramientas que había logrado traer consigo a remendar zapatos. De esta forma se daba a conocer en el oficio adquirido de su padre.

Al abuelo había que conocerlo por dentro. Era una persona sensible, apegada a sus costumbres y amante de la familia. Vivió con el sentimiento de haber dejado atrás (aunque temporalmente) a su esposa y sus dos pequeños hijos. En ocasiones se le escuchaba entonar en voz baja las canciones de su tierra, que le empañaban la vista, entonces haciendo un esfuerzo comenzaba a hablar de otras cosas, menos tristes para él.

Transcurrido un año y algunos meses, logró traer a mi abuela Doña María Feliza (*sic*) del Consuelo Pérez y Gorjón, nacida en Villar de Peralonso y hasta donde hemos podido conocer, todos sus antepasados eran igualmente salmantinos. Había nacido un 15 de febrero de 1881. De padre jornalero y madre costurera, oficio éste que supo transmitir a su hija. Con la ayuda de unos parientes que vivían en Galicia, pudo embarcar por el puerto de La Coruña con sus dos pequeños hijos. Isidro, de 7 años (que en

ausencia de su padre tuvo un accidente que le produjo la parálisis total de su pierna izquierda de la que nunca pudo recuperarse), y Nieves, de 3 años. Esta travesía les depararía a los abuelos un duro golpe: la niña, débil, enfermó de pulmonía y falleció a los pocos días de haber llegado. Fue una terrible y muy dolorosa pérdida luego de haber superado tantas dificultades, quedando el varón de 7 años, que pronto aprendió, a pesar de su corta edad e impedimento físico, algunas nociones de zapatería que le permitieron ayudar a su padre en el trabajo diario.

La abuela Consuelo era poseedora de un gran corazón. Su dulzura, su enternecida bondad y su magnetismo espiritual la colmaban siempre de una gran simpatía. No atraía por su pensar, sino por la sensible humanidad con la que supo educar a sus hijos. A ratos se le veía apartada en el sillón del cuarto repasando su libro de oraciones «Áncora de Salvación» (que aún conservamos). Entre sus páginas guardó celosamente la trenza de su niña fallecida, hasta el final de sus días.



Universidad. Fundada en el siglo XIII.



Plaza Mayor. Siglo XVIII. Centro de la vida de la ciudad.

La abuela, habiendo aprendido el oficio de su madre, contribuía económicamente con los gastos de la casa confeccionando ropas que amigos y vecinos le confiaban, ya que poseía tan hábiles manos para la costura que pronto pudo ganarse una buena clientela.

Del fruto de mis abuelos nacieron en Cuba otros cuatro hijos: tres varones y una hembra, y todos, menos el varón más pequeño, aprendieron el mismo oficio del padre. A medida que fueron creciendo, se iban incorporando a las tareas del incipiente taller que habían logrado establecer.

Transcurridos varios años, y en medio de muchas necesidades, habiendo ahorrado algún dinero y con la fuerza que caracterizó a todos los emigrantes, pudieron trasladarse para el pueblo de Guanabacoa, que por esa época prometía mejores posibilidades por las muchas industrias y talleres, sobre todo del calzado, que iban surgiendo durante los años cuarenta.

A pesar de que ya contaban con una fábrica que se identificaba como “Calzado Alonso” y que fue creciendo con el esfuerzo diario, la lucha y los desafíos continuaban. La muerte nos arrebató a la abuela un 18 de septiembre de 1951, y el abuelo, rendido bajo el peso de tantos y tan angustiosos años no pudo, nunca más, apartarse de esa nostalgia que siempre le acompañó. No le oímos más las canciones de su tierra, la vida le había cobrado una vez más un alto precio. Se le veía vencido, sentado en su taburete, recostado al portón de la casa con su boina de paño gris y su bastón, cabizbajo, como recordando y añorando lo que no podía ya recuperarse. ¡Cuánto deseó volver a pisar la tierra que lo viera nacer!... ¡Cuántas esperanzas y sueños que nunca pudieron hacerse realidad!



Catedral Vieja. Obra de los siglos XII y XIII.



Catedral Nueva. Es la penúltima Catedral que se construyó en España, las obras se iniciaron el siglo XVI y concluyeron en el XVIII.

Ya por los últimos años de la década del cincuenta, tres de sus hijos emigraron hacia los Estados Unidos, quedando el mayor de mis tíos y mi padre a cargo de la fábrica, hasta que en el año 1963 pasó a manos del Estado cubano; incorporando a los trabajadores, incluyendo a su familia, a otros talleres. Se conservó la vieja casona; pero el abuelo nunca se resignó a la ausencia de sus hijos ni a la pérdida de su fábrica de calzado por la que tanto había luchado.



Iglesia del Convento de San Esteban. Siglo XIII.
Lugar de estancia de Cristóbal Colón,
a su llegada a Salamanca hacia 1485.

En la mañana del 5 de enero de 1965 nos dejó para siempre. Seguramente, donde quiera que se encuentre, estará contemplando, junto a la abuela, su querida Salamanca, con la misma añoranza de un regreso que nunca lograron realizar.



Iglesia del Convento de las Agustinas. Cuadro de la Inmaculada. Obra de José Ribera, lo pintó en Nápoles por encargo del Conde Monterrey y para esta iglesia en 1635.



Clerecía: fachada y claustro. Fue mandada a construir en el siglo XVII por Felipe III y Margarita de Austria para los jesuitas.